

EL AMIGO FIEL¹

1888

OSCAR WILDE

(inglés)



A primeras horas del día la vieja Rata de agua sacó la cabeza por el agujero del escondrijo. Sus ojos eran redondos y vivarachos, los bigotes grises y tupidos; la cola parecía un largo elástico negro.

Unos patitos amarillos nadaban en el estanque dando la impresión de una bandada de canarios. Su madre, toda blanca y con patas rojas, esforzándose en enseñarles a hundir la cabeza en el agua.

—Si no aprendéis a sumergir la cabeza —les decía—, jamás os será brindada la ocasión de codearos con la buena sociedad.

Y de nuevo les enseñaba cómo tenían que hacerlo. Pero los patitos no prestaban la menor atención a las lecciones. Eran tan jóvenes, que ignoraban las ventajas que la vida de sociedad reporta.

—¡Qué desobedientes son! —exclamó la Rata de agua—. ¡Estas criaturas merecerían ahogarse!

—¡Dios no lo quiera! —replicó la señora Pata—. El aprendizaje es necesario en todas las cosas, y por otra parte, la paciencia de los padres nunca se acaba.

—¡Ah! No tengo idea de lo que son sentimientos paternos —dijo la Rata de agua—. No soy padre de familia. No me he casado ni he pensado nunca en hacerlo. Indiscutiblemente, el amor es una cosa buena, a su manera; pero la amistad vale más. Puedo asegurarle que no conozco en el mundo nada más noble o más raro que una amistad auténtica y fiel.

—Y dígame, se lo suplico: ¿qué idea tiene usted de los deberes de un amigo fiel? —preguntó un Pardillo verde que había escuchado la conversación posado sobre el tronco retorcido de un sauce.

—¡Eso es precisamente lo que yo quisiera saber! —exclamó la Pata; y nadando hacia el extremo del estanque, hundió la cabeza en el agua para dar buen ejemplo a sus hijos.

1 Tomado de Wilde (1957).

—¡Qué pregunta más necia! —gritó la Rata de agua— ¡Como es lógico, entiendo por amigo fiel al que me demuestra fidelidad!

—Y usted, ¿qué hará para corresponder? —dijo la avecilla, columpiándose sobre una ramita y agitando sus diminutas alas.

—No alcanzo a comprenderlo —respondió la Rata de agua.

—Entonces permítame usted que le cuente una historia sobre este asunto —dijo el Pardillo.

—Esa historia, ¿tiene algo que ver conmigo? —preguntó la Rata de agua—. De ser así, la escucharé complacida, porque a mí me encantan los cuentos.

—Bien puede aplicarse a usted —respondió el Pardillo.

Y en un instante se posó a la orilla del estanque, y empezó a contar la historia del Amigo fiel.

—Había una vez —comenzó a decir el Pardillo —un honrado mozo llamado Hans.

—¿Era un hombre realmente distinguido? —preguntó la Rata de agua.

—No —respondió el Pardillo—. Opino que no era nada distinguido, excepto por su buen corazón y por su redonda cara morena y afable.

«Habitaba en una humilde casita de campo, y trabajaba en su jardín todos los días.

En la comarca entera no había un jardín tan hermoso como el suyo. En él crecían alhelíes, bolsas de pastor, francesillas, así como rosas de Damasco y rosas amarillas, azafranes lilas y oro; y violetas moradas y blancas. Y, según la época de año, por su orden florecían colombinas y cardaminas, mejoranas y albahacas silvestres, velloritas, flor de lis, claveles y narcisos.

Unas flores sustituían a otras, por lo cual había allí siempre algo bonito que contemplar y olores agradables que respirar.

Muchos amigos tenía el pequeño Hans, pero el más íntimo era el corpulento Hugo, el molinero. El rico molinero era realmente tan íntimo del pequeño Hans, que no recorría nunca su jardín sin inclinarse sobre los macizos y coger un gran ramo de flores o un buen manojo de suculentas lechugas, o sin llenarse los bolsillos de ciruelas o cerezas, según la estación.

—Los verdaderos amigos lo comparten todo entre sí —solía decir el molinero.

Y sonriente el pequeño Hans movía la cabeza en señal de asentimiento. Por otra parte, estaba muy orgulloso de tener un amigo que de forma tan noble pensara.

Sin embargo, el vecindario encontraba raro que el rico molinero no diese nunca nada al pequeño Hans, aunque tuviera almacenados cien sacos de harina, sin contar las seis vacas lecheras ni las muchísimas cabezas de ganado lanar, de lo cual era propietario. Pero Hans jamás se preocupó por semejante cosa.

Nada le encantaba tanto como escuchar los bellos conceptos que el molinero acostumbraba decir sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

Así, pues, el pequeño Hans cultivaba su jardín. En primavera en verano y en otoño, sentíase muy feliz; pero cuando llegaba el invierno y no tenía frutos ni flores que llevar al mercado, padecía un gran frío y mucho le apretaba el hambre, y se acostaba con frecuencia sin haber comido más que unas peras secas y algunas nueces rancias.

Además, en invierno encontrábase muy solo, porque el molinero no iba nunca a verle durante aquella estación.

—Mientras las nieves duren no está bien que vaya a ver al pequeño Hans —decía muchas veces el molinero a su mujer—. Cuando las personas pasan apuros hay que dejarlas solas y no atormentarlas con visitas. Esa es, por lo menos, mi opinión sobre la amistad, y estoy seguro de que es acertada. Por eso esperaré la primavera y entonces iré a verle; podrá darme un gran cesto de velloritas, y eso le alegrará mucho.

—Eres realmente diligente y cuidadoso con los demás —le contestaba su mujer, sentada en un cómodo sillón junto a un buen fuego de leña—. Es un verdadero placer oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que el señor cura no diría sobre ella tan bellas cosas como tú, aunque viva en una casa de tres pisos y lleve un anillo de oro en el dedo meñique.

—¿Y por qué no invitamos al pequeño Hans a venir aquí? —preguntaba el hijo del molinero—. Si el pobre Hans pasa apuros, le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

—¡Qué tonto eres! —exclamó el molinero—. No comprendo para qué sirve mandarte a la escuela. No aprendes nada. Si el pequeño Hans viniese aquí, y viera nuestro buen fuego, nuestra excelente cena y nuestra gran barrica de vino tinto, podría sentir envidia, y la envidia es una cosa terrible que echa a perder los mejores caracteres. Yo no podría sufrir que el carácter de Hans se echara a perder. Soy su mejor amigo, velaré siempre por él, y tendré buen cuidado de no exponerle a ninguna tentación. Por

otra parte, si Hans viniese aquí, podría pedirme que le diese un poco de harina fiada, lo cual me es imposible. La harina es una cosa y la amistad otra, y no deben confundirse. Esas dos palabras se escriben de modo diferente y significan cosas completamente distintas, como todo el mundo muy bien sabe.

—¡Con qué acierto hablas! —dijo la mujer del molinero sirviéndole un gran vaso de cerveza caliente—. En verdad que me siento como adormecida lo mismo que en la iglesia.

—Muchos obran bien —replicó el molinero—: pero pocos saben hablar bien, lo cual prueba que hablar es, con mucho, la cosa más difícil, así como la más hermosa de las dos.

Y severamente dirigió su mirada, por encima de la mesa, hacia su hijo. Este sintió tal vergüenza de sí mismo, que bajó la cabeza, se puso extremadamente ruborizado y empezó a llorar.

Bien se le podía disculpar, ¡era tan joven!».

—¿Ese es el final de la historia? —preguntó la Rata de agua.

—No, desde luego que no —respondió el Pardillo—. Esto es tan solo el comienzo.

—Luego está usted atrasadísimo con relación a su tiempo —repuso la Rata de agua—. Hoy día, todo buen cuentista empieza por el final, prosigue por el comienzo y termina por la mitad. Es el nuevo estilo. Así lo he oído de labios de un crítico que paseaba alrededor del estanque con un joven. Trataba el asunto magistralmente, y estoy segura de que tenía razón, porque llevaba gafas azules y era calvo; y cuando el joven le hacía alguna observación, contestaba siempre: «¡Psch!». Pero continúe usted la historia, se lo ruego. Me agrada mucho el molinero. Yo también llevo en mí toda clase de bellos sentimientos; de ahí la gran simpatía que entre él y yo existe.

—¡Bueno! —dijo el Pardillo, saltando sobre sus dos patitas—. En cuanto pasó el invierno y las velloritas comenzaron a abrir sus amarillas y pálidas estrellas, el molinero dijo a su mujer que iría a visitar al pequeño Hans.

«—¡Ah, qué noble corazón tienes! —le gritó suspirando, su mujer—. Siempre piensas en los demás. No te olvides de llevar el cesto grande para traer las flores.

Entonces el molinero ató unas a otras las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó la colina con la cesta al brazo.

—Buenos días, pequeño Hans —dijo el molinero.

—Muy buenos días —contestó Hans, apoyándose en su azadón y sonriendo abiertamente.

—¿Cómo has pasado el invierno? —le preguntó el molinero.

—¡Bien, bien! —repuso Hans—. Muchísimas gracias por tu interés. He pasado mis malos ratos; pero ahora ha vuelto la primavera y me siento casi feliz... Además, mis flores van creciendo magníficas.

—Durante el invierno hemos hablado con mucha frecuencia de ti —prosiguió el molinero—, y nos preguntábamos qué sería de nuestro buen amigo Hans.

—¡Qué amable eres! —le dijo Hans—. A veces temía que me hubieras olvidado.

—Querido Hans, me sorprende oírte hablar así —dijo el molinero—. La amistad no se olvida jamás. Eso tiene de admirable, aunque presiento que no comprendas la poesía de la amistad. Y... ahora que las veo, ¡qué hermosas están tus velloritas!

—Sí, están muy hermosas —dijo Hans—, y es para mí una gran suerte tener tantas. Voy a llevarlas al mercado, donde las venderé a la hija del burgomaestre y con ese dinero compraré otra vez mi carretilla.

—¿Dices que comprarás otra vez tu carretilla? ¿Acaso la vendiste? ¡Es, desde luego, un acto bien necio!

—Sin lugar a dudas; pero el hecho es —replicó Hans— que me vi obligado a ello. Como sabes, el invierno es una época muy mala para mí, y carecía de dinero para comprar pan. Primero vendí los botones de plata del traje que acostumbro a ponerme los domingos, luego mi cadena de plata, después mi flauta, y por último la carretilla. Pero ahora pienso rescatarlo todo.

—Hans —dijo el molinero—, te daré mi carretilla. No está en muy buen estado; uno de los lados se ha roto y los radios de la rueda se ven algo torcidos, pero, a pesar de esto, te la daré. Sé que es una gran generosidad en mí y a mucha gente les parecerá una locura que me desprenda de ella; pero yo no soy como el resto del mundo. Estoy convencido de que la generosidad es la esencia de la amistad, y, además, me he comprado una carretilla nueva. Sí, puedes estar tranquilo. Te daré mi carretilla.

—Muchas gracias. Eres, realmente, muy generoso —dijo el pequeño Hans. Y su afable rostro resplandeció de gozo—. Puedo arreglarla con facilidad, ya que tengo una tabla en mi casa.

—¡Una tabla! —exclamó el molinero—. ¡Qué bien! Eso es precisamente lo que necesito para la techumbre de mi granero. Se ha formado una gran brecha y se mojará todo el trigo si no la tapo.

¡No podías estar más oportuno! Es verdad que una buena acción engendra siempre otra. Te he dado mi carretilla, y ahora tú me darás la tabla. Claro está que la carretilla vale mucho más que la tabla; pero la amistad sincera no repara nunca en esas cosas. Dame ahora mismo la tabla y así hoy mismo arreglaré mi granero.

—¡Ya lo creo! —replicó el pequeño Hans.

Y se fue corriendo a su casa y cogió la tabla.

—No es una tabla muy grande —comentó el molinero— y me figuro que una vez hecho el arreglo de la techumbre del granero, no quedará madera suficiente para componer la carretilla. Claro que yo no tengo la culpa de eso. Y ahora, en vista de que te he dado mi carretilla, estoy seguro de que accederás a regalarme unas flores... Aquí tienes el cesto; procura llenarlo.

—¿Llenarlo? —replicó al instante el pequeño Hans, quedándose bastante afligido al comprobar las grandes dimensiones del cesto y comprender que si lo llenaba no le quedarían ya flores que llevar al mercado, y estaba deseoso también de rescatar sus botones de plata.

—A fe mía —respondió el molinero—, una vez que te doy mi carretilla, no creí que fuese mucho pedirte unas cuantas flores. Podré estar equivocado; pero yo me figuré que la amistad, la verdadera amistad, estaba exenta de toda clase de egoísmo.

—Mi querido amigo —protestó el pequeño Hans—, tú eres mi mejor amigo y todas las flores de mi jardín están a tu disposición, porque me importa mucho más tu estimación que mis relucientes botones de plata.

Y corriendo se fue a coger las hermosas velloritas para llenar el cesto del molinero.

—¡Adiós, pequeño Hans! —exclamó el molinero subiendo de nuevo la colina con su tabla al hombro y su gran cesta al brazo.

—Adiós —contestó él.

Y se puso a cavar con renovadas energías. Estaba contentísimo de tener carretilla.

A la mañana siguiente, cuando estaba sujetando unas madre-selvas sobre su puerta, oyó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Bajó de su escalera y corrió hasta el otro extremo del jardín, se encaramó por el muro hasta lograr ver por encima y divisó al molinero que venía con un gran saco de harina cargado a la espalda.

—Pequeño Hans —dijo el molinero acercándose—, ¿querías

llevarme este saco de harina al mercado?

¡Oh, cuánto lo siento! —dijo Hans—. La verdad es que estoy ocupadísimo. Tengo que sujetar todas mis enredaderas, regar todas mis flores y segar todo el césped.

—¡Caramba! —replicó el molinero—. Supuse que, en consideración a que te he dado mi carretilla, no te negarías a complacerme.

—¡Pero si no me niego! —protestó el pequeño Hans—. Tratándose de ti, por nada del mundo dejaría yo de obrar como amigo.

Y se fue en busca de su gorra y partió con el gran saco al hombro.

Era un día muy caluroso y la carretera estaba terriblemente polvorienta. Así, antes de que Hans llegara al mojón que marcaba la sexta milla, hallábase tan fatigado, que tuvo que sentarse a descansar. Sin embargo, no tardó mucho en continuar animosamente su camino, llegando por fin al mercado.

Logró vender el saco de harina a buen precio, pero no sin antes de tener que aguardar un buen rato. Rápidamente y de un tirón regresó a su casa, porque temía encontrarse a algún salteador en el camino si se retrasaba demasiado.

“¡Qué día más caluroso y agotador! —se dijo Hans al tenderse en la cama—. Pero me siento feliz por no haberme negado. El molinero es mi mejor amigo, y, además, va a darme su carretilla”.

A la mañana siguiente muy temprano, el molinero llegó en busca del dinero de su saco de harina; pero el pequeño Hans estaba tan rendido, que no se había levantado aún de la cama.

—¡Vaya! —exclamó el molinero—. Eres muy perezoso, ¡palabra! Y cuando pienso que acabo de darte mi carretilla creo que podrías trabajar con más ímpetu. La pereza es un gran vicio, y no quisiera yo que ninguno de mis amigos fuera perezoso, poco sensible y dejado. Como ves, te hablo sin miramientos. Claro es que no te hablaría así si no fuese amigo tuyo. Pero, ¿de qué serviría la amistad si uno no pudiera decir claramente lo que piensa? Todo el mundo puede decir cosas amables y esforzarse en ser agradable y halagador, pero un amigo sincero dice las cosas molestas y no teme causar pesadumbre. Por el contrario, si es un amigo verdadero, lo prefiere ya que sabe que obra bien.

—Lo siento mucho respondió el pequeño Hans, restregándose los ojos y quitándose el gorro de dormir—; pero estaba tan rendido, que creía haberme acostado hace poco y escuchaba cantar a los pájaros. ¿No sabes que luego trabajo más a gusto cuando he oído cantar a los pájaros?

—¡Tanto mejor! —replicó el molinero, dándole una palmada

en el hombro—. Porque necesito que arregles la techumbre de mi granero.

Hacía dos días que el pequeño Hans no regaba el jardín, por lo cual tenía gran necesidad de hacerlo. Sin embargo, no quiso decírselo al molinero, ya que tan buen amigo era para él.

No obstante se atrevió a preguntar con humilde y tímida voz:

—¿Crees que no sería amistoso decirte que tengo que regar mis flores?

—¡No! Realmente, no —contestó el molinero—. Pero si te niegas, lo haré yo mismo.

—¡De ningún modo! —exclamó el pequeño Hans, saltando de su cama.

Vistiose rápidamente y se fue al granero.

Trabajó allí durante todo el día hasta el anochecer. Al ponerse el sol, vino el molinero a ver hasta dónde había llegado.

—¡Pequeño Hans! —gritó el molinero con tono alegre—. ¿Has tapado el boquete del techo?

—Está casi terminado —contestó el pequeño Hans, bajando de la escalera.

—¡Bien! —dijo el molinero—. No existe trabajo más agradable como el que se hace por otro.

—¡Es un placer oírte hablar! —respondió el pequeño Hans, que descansaba, secándose la frente—. Es un placer; pero temo no tener nunca ideas tan hermosas como tú.

—¡Oh, ya las tendrás! —dijo el molinero—. Pero debes aplicarte más. Por ahora no posees más que la práctica de la amistad. Algún día poseerás también la teoría.

—¿De veras lo crees así? —preguntó el pequeño Hans.

—No cabe la menor duda —contestó el molinero—. Pero ahora que has arreglado el techo, mejor será que vuelvas a tu casa y descansas, pues mañana necesito que lles mis carneros a pacer a la montaña.

El pobre Hans no se atrevió a protestar, y al día siguiente, al amanecer, el molinero condujo sus carneros hasta cerca de su casa, y Hans continuó llevando el rebaño hasta la montaña. Entre ir y volver se le fue el día. Cuando regresó, estaba tan agotado que se durmió en su silla y no despertó hasta ya entrada la mañana.

“Hoy podré trabajar en mi jardín con un tiempo delicioso”, se dijo, e iba a comenzar su labor; pero, por un motivo u otro, no tuvo tiempo de echar un vistazo a sus flores: llegaba su amigo el

molinero, y le mandaba muy lejos a recados, o le pedía que fuese a ayudarlo en el molino. Algunas veces, el pequeño Hans se apuraba pensando que sus flores creerían que las había olvidado; pero se consolaba al pensar que el molinero era su mejor amigo.

“Además —solía decirse—, va a darme su carretilla, lo cual es un acto del más puro desprendimiento”.

Y el pequeño Hans trabajaba para el molinero, y este decía muchas cosas bellas sobre la amistad, cosas que Hans escribía luego en su libro verde y que releía por la noche, pues era culto.

Ahora bien: sucedió que una noche, estando el pequeño Hans sentado al fuego, dieron un aldabonazo en la puerta.

La noche era negrísima y el viento rugía en torno a la casa de un modo tan terrible, que Hans creyó al principio si sería el huracán el que sacudía la puerta. Pero sonó un segundo golpe y después un tercero, más fuerte que los otros.

“Quizá sea algún pobre viajero”, se dijo el pequeño Hans, y corrió a la puerta.

El molinero estaba en el umbral; con una mano sujetaba la linterna y en la otra tenía un grueso garrote.

—Me aflige un gran pesar —dijo atropelladamente el molinero—, mi chico se ha caído de una escalera, hiriéndose. Voy a buscar al médico. Pero vive lejos de aquí y la noche está tan mala, que he pensado que vayas tú, querido Hans, en mi lugar. Ya sabes que te doy mi carretilla. Por eso estaría muy bien que, a cambio, hicieses algo por mí.

—¡Claro que sí! —exclamó el pequeño Hans—, y me alegra mucho que se te haya ocurrido venir. Iré en seguida. Pero tendrías que dejarme tu linterna; la noche es tan oscura, que resultaría fácil caer en alguna zanja.

—Lo siento mucho —respondió el molinero—; pero es mi linterna nueva, y si le ocurriese algo sería una gran pérdida para mí.

—Muy bien; ¡no se hable más del asunto! Me pasaré sin ella —contestó el pequeño Hans.

Se puso su gran capa de pieles, su gorro encarnado de mucho abrigo, se colocó su tapabocas alrededor del cuello y partió.

¡Qué horrible tormenta se desencadenaba en aquellos momentos!

La noche era tan oscura, que el pequeño Hans apenas lograba ver; y el viento soplaba tan fuerte que le costaba gran trabajo andar.

Sin embargo, él era muy animoso, y después de caminar cerca

de tres horas, llegó a casa del médico y llamó en su puerta.

—¿Quién llama? —preguntó el doctor asomando la cabeza a la ventana de su aposento.

—¡El pequeño Hans, doctor!

—¿Y qué deseas a estas horas, mi pequeño Hans?

—El hijo del molinero se ha caído de una escalera y está herido. Es necesario que vaya usted en seguida.

—¡Muy bien! —replicó el doctor.

En el acto se calzó sus grandes botas, enjaezó su caballo y cogiendo su linterna se dispuso para la marcha.

Se dirigió a casa del molinero, llevando al pequeño Hans, a pie, detrás de él.

La tormenta arreciaba cada vez más. El agua caía a torrentes y el pequeño Hans no alcanzaba a ver dónde ponía sus pies ni lograba seguir al caballo. Al fin se perdió; estuvo vagando por el páramo, que era un paraje peligroso lleno de hoyos profundos, y el pequeño Hans cayó en uno de ellos y se ahogó.

A la mañana siguiente, unos pastores encontraron su cuerpo flotando en el pequeño pantano y lo llevaron a su casita.

Como Hans era muy querido por todos, nadie faltó al entierro. Y el molinero figuró a la cabeza del duelo.

—Yo siempre fui su mejor amigo —decía el molinero—. Justo es que ocupe el sitio de honor.

Así es que asistió a la cabeza del cortejo con una larga capa negra; y de cuando en cuando se enjugaba los ojos con un gran pañuelo.

—El pequeño Hans representa para todos nosotros una sensible pérdida —dijo el hojalatero, una vez terminados los funerales y cuando el acompañamiento estuvo instalado cómodamente en la posada, bebiendo vino dulce y comiendo ricos pasteles.

—Particularmente para mí es una gran pérdida —contestó el molinero—. Fui lo bastante bueno para comprometerme a darle mi carretilla, y ahora, a fe mía, que no sé qué hacer con ella. Me estorba en casa, y está tan rota, que si la vendiera no me darían nada por ella. Os aseguro que de aquí en adelante no daré nada a nadie. Si se es generoso, luego se pagan las consecuencias».

—Es verdad —añadió la Rata de agua, después de una larga pausa.

—Pues bien; este es el final —dijo el Pardillo.

—Pero... ¿qué fue del molinero? —dijo la Rata de agua.

—¡Oh! No lo sé a punto fijo —contestó el Pardillo, y por otra parte, igual me da.

—Resulta evidente que su carácter no es nada simpático —dijo la Rata de agua.

—Creo que usted no ha comprendido la moraleja de esta historia —replicó el Pardillo.

—¿La qué? —gritó la Rata de agua.

—La moraleja.

—¿Quiere con eso decir que la historia tiene una moraleja?

—Sí, ¡claro que sí! —afirmó el Pardillo.

—¡Vaya! —exclamó con ira la Rata de agua—. Podía usted habérmelo dicho antes de empezar. De ser así, con toda seguridad que no le hubiera escuchado. Con decirle «¡Psch!», como el crítico, era suficiente. Pero aún estoy a tiempo de hacerlo.

«¡Psch!» —gritó a toda voz, y dando un fuerte coletazo, se volvió a esconder en su agujero.

—¿Qué opina usted de la Rata de agua? —preguntó la señora Pata, que llegó, chapoteando, pocos minutos después—. Muchas son las buenas cualidades que ella posee; pero yo, por mi parte, tengo sentimientos de madre, y no puedo ver a un solterón empedernido sin que las lágrimas fluyan de mis ojos.

—Sospecho que se ha molestado —respondió el Pardillo—. El hecho es que le he contado una historia que tiene su moraleja.

—¡Ahora comprendo! ¡Eso es siempre peligrosísimo! —exclamó la Pata. Y su opinión, yo la comparto íntegramente.

